

En aquests contes, s'observa com Voltaire opta per la literatura creativa per a meditar sobre temes que han tingut un lloc principal en la història de la filosofia, com són ara el relativisme —pensem en la frase: «L'home, la mesura de totes les coses», des de Protàgoras a Joan Fuster—, l'escepticisme, el desenvolupament cognitiu, l'oposició natura-cultura, els efectes socials de la superstició... Fidel a la temptativa il·lustrada d'explicar racionalment allò que, al llarg del temps, s'havia definit dogmàticament, no dubtarà de fer-ho amb temes com el de l'acció divina o el de la resurrecció.

En «L'home dels quaranta escuts», llegim: «Cal tractar els llibres com tractem els homes: hem d'escollir els més raonables, examinar-los i no rendir-nos sinó davant l'evidència». Estem segurs que, entre els més raonables, el lector trobarà aquesta versió dels *Contes filosòfics* de Voltaire.

Andreu GRAU I ARAU

Societat Catalana de Filosofia

andreugrauarau@gmail.com | DOI: <https://dx.doi.org/10.1344/conv48659>

---

Isaiah BERLIN

*La contra-Il·lustración y la voluntad romántica*

Henry Hardy (ed.), Roberto Ramos Fontecoba (tr.)

Barcelona: Página Indómita, 2024

156p., ISBN: 9788412648997

Roberto Ramos Fontecoba, fundador de Página Indómita, ha seleccionat i traduït tres assaigs breus de Isaiah Berlin, prèviament editats per Henry Hardy, per conformar aquesta petita però suggestiva antologia. Se trata del sextè títol de Berlin en el catàleg de la editorial, dedicada a pensadors polítics del espectre socioliberal. En esta ocasió, el propòsit de Ramos es mostrar un costat de la història del liberalisme poc estudiat, que Berlin abordà amb gran erudició i amplitud de mirades en diverses de seues obres. Se trata de la influència de la reacció intel·lectual contra la Il·lustració, especialment per part de los romàntics alemanys, en el sorgiment del liberalisme. Com Ramos exposa en la nota editorial, mitjançant cites de Steven Lukes i de John Gray —grans conecctors de l'obra berliniana—, esta influència resulta especialment interessant per

el hecho de que el liberalismo suele considerarse una corriente heredera de la Ilustración, y de que el irracionalismo romántico a menudo ha llevado a escenarios decididamente iliberales.

El primer texto se titula «Los filósofos de la Ilustración» (*The Philosophers of the Enlightenment*), y es la introducción que Berlin dio a su obra *The Age of Enlightenment: The Eighteenth-Century Philosophers*, publicada en 1956. Es el más breve de los tres textos seleccionados, y funciona a modo de introducción de la propia antología. En él Berlin hace una apología de la Ilustración y de sus frutos, sin fijarse aún en los aspectos negativos de ésta. Repasa los principales filósofos del siglo XVIII, especialmente los empiristas inspirados por los éxitos del sistema newtoniano. Describe su confianza en que el descubrimiento de unas leyes universales y omniexplicativas del mundo material pueda tener lugar en el resto de disciplinas filosóficas, de modo que el ser humano racional, al comprenderlas, «ajustaría a ello todas sus creencias y sus acciones, ya que solo esto podía hacer que los hombres fuesen felices, racionales y libres» (p. 26). De un modo u otro, en esta inspiración estarían los anglosajones Locke, Berkeley, Hume, e influidos por ellos, los franceses Condillac, Helvétius y Le Mettrie. Mientras estos pensadores comparten la pretensión de solucionar los problemas humanos mediante la percepción empírica y el conocimiento a posteriori, los racionalistas Leibniz y Wolff confían en la razón pura para resolver estos mismos problemas, creyendo, «incluso más firmemente que sus adversarios empiristas, que la verdad era un cuerpo único y armonioso de conocimiento» (p. 45).

Posteriormente, Kant intenta abordar esta clase de problemas por un tercer camino, el de preguntarse por las condiciones de posibilidad del conocimiento, asumiendo las críticas humeanas a la ley de causalidad y a la certeza inductiva. Sin embargo, tampoco Kant deja de confiar en hallar lo que Berlin a menudo llama una «solución final». La conclusión del texto es laudatoria en cuanto a este grupo heterogéneo de pensadores y su rasgo común de optimismo ético y cognoscitivo: «el esmerado intento de aplicar los métodos científicos a la regulación de los asuntos humanos generó ciertamente mucho bien» y «el poder intelectual, la honestidad, la lucidez, el coraje y el desinteresado amor a la verdad de los más talentosos pensadores del siglo XVIII todavía no han encontrado parangón» (pp. 46-47). Sin embargo, y meramente citando los nombres de Burke, Hamann y Herder, Berlin anticipa el problema de los límites de la Ilustración, que cobra relevancia en los siguientes dos ensayos: «pero el sueño principal, la demos-

tración de que todo en el mundo se movía mecánicamente, de que todos los males podían ser curados si se seguían los pasos tecnológicos adecuados [...], resultó ser engañoso» (p. 46).

El segundo texto lleva por título «La contra-Ilustración», y fue publicado por vez primera como participación de Berlin en el *Dictionary of the History of Ideas* (1973), bajo la entrada «The Counter-Enlightenment». Como tal, se trata fundamentalmente de un catálogo de los principales pensadores que reaccionan intelectualmente contra la Ilustración, señalando sus límites y defectos. Berlin comienza retrotrayéndose a la Antigüedad para hallar un precedente de la actitud contra-ilustrada en el relativismo y escepticismo de los sofistas, para los cuales «las creencias que implicaban juicios de valor y las instituciones a las que daban lugar no se basaban en descubrimientos de hechos naturales objetivos e inalterables, sino en la opinión humana» (p. 52).

Esta actitud de recelo ante la idea de una omnilegislación teleológica sigue estando presente, según Berlin, en pensadores como Montaigne, Montesquieu, Hume y Rousseau. Incluso en Kant, con su doctrina de la voluntad autónoma, que tanta influencia tiene sobre los románticos. Sin embargo, subraya Berlin que «a pesar de las profundas diferencias de perspectiva», estos pensadores coinciden en dar por sentada «la realidad de la ley natural [...] y la de los principios eternos, los únicos que podían llevar a los hombres a ser sabios, felices, virtuosos y libres» (p. 55). La verdadera reacción, por tanto, llega con los pensadores fundamentalmente contrarios al monismo axiológico, al finalismo, al universalismo y al cosmopolitismo. De manera entendible y relacional, Berlin pasa revista a las principales ideas contra-ilustradas de Vico, Hamann, Herder, Burke, Jacobi y Schelling, sin olvidar la poesía del *Sturm und Drang*, ni las aportaciones ya decimonónicas de Schopenhauer y Maistre. Común a todas ellas es la reivindicación de una voluntad autónoma, creativa, espiritual y única, ya sea individual o nacional, por encima de la autoridad de toda legislación racional, objetiva y universal. Si bien esta revuelta contra-ilustrada tiende a veces políticamente hacia la izquierda —Berlin cita a Byron y a Sand—, el autor señala que en muchos casos acaba inspirando «el nacionalismo, el imperialismo y, finalmente, en su forma más violenta y patológica, las doctrinas fascistas y totalitarias del siglo xx» (p. 98).

«La contra-Ilustración» se centra por tanto en informar acerca de las principales ideas contrarias al pensamiento predominante del Siglo de las Luces, pero no llega a formular la conexión, prometida en la nota editorial, de estas ideas con la mentalidad liberal contemporánea. Esto ocurre por fin

en el tercer texto, el más extenso y el que constituye más propiamente un ensayo, titulado «La apoteosis de la voluntad romántica: la rebelión contra el mito de un mundo ideal», publicado por primera vez en 1975 en la revista *Lettere Italiane*. «La apoteosis de la voluntad romántica» comienza describiendo cómo, en el siglo XX occidental, se han abandonado en gran medida los valores ilustrados relativos a la confianza en la uniformidad sociopolítica y en las verdades universales, y que este abandono tiene su génesis en la revuelta intelectual romántica. Berlin resume los principios del pensamiento ilustrado, que son también «el núcleo de la tradición intelectual de Occidente» desde la antigua Grecia, en «tres dogmas indiscutibles»: que hay una sola verdad, que esta es cognoscible, y que por tanto todos los enunciados verdaderos deben armonizar entre sí en un sistema lógico y coherente (pp. 102-103). La consecuencia sociopolítica de ello es la confianza en la existencia de «una solución total: en la plenitud de los tiempos, ya sea por voluntad de Dios o por el esfuerzo humano, concluirá el reinado de la irracionalidad, la injusticia y la miseria» (p. 108).

Este optimismo antropológico y teleológico, que Berlin ya presenta como excesivo, es eficazmente cuestionado por primera vez por los románticos alemanes. El elemento fundamental de esta revuelta intelectual y artística es la «orgullosa, indomable e irresistible voluntad humana» (p. 113), inspirada por la doctrina kantiana de la autonomía nouménica frente a la heterónoma causalidad natural, que los románticos reinterpretan como opuesta a toda prescripción racional. Erigen así, según el autor, la voluntad autodirigida como valor intrínseco, independiente de sus consecuencias en el mundo. Esta voluntad, considerada en el plano individual por un Schiller, pasa a ser considerada en el plano colectivo por un Herder, para quien los pueblos son moralmente inconmensurables. Berlin se detiene especialmente en Fichte, al que considera «el verdadero padre del Romanticismo» por su «celebración de la voluntad por encima del pensamiento sosegado y discursivo» (p. 129). Más allá de Alemania, no descuida a Carlyle, a Blake, a Dostoyevski o a Kafka: para todos ellos, «en la vida del espíritu no hay principios ni valores objetivos: estos son creados por una decisión de la voluntad, que moldea el mundo de un hombre o un pueblo y sus normas» (p. 140).

En las últimas páginas del ensayo, Berlin llega por fin a la extracción de consecuencias positivas de la reacción anti-ilustrada. Estas tienen que ver con el pluralismo axiológico, del cual Berlin es firme defensor, y respecto del cual los dogmas de la Ilustración están considerablemente alejados. Para Berlin, y para el liberalismo que él suscribe, no existe un solo valor verdadero al que todos los demás se sometan armónicamente, sino que «los

fines del hombre son muy diversos, a menudo impredecibles y, algunos de ellos, incompatibles entre sí» (p. 149). El peligro del dogmatismo ilustrado, por tanto, relativo al sometimiento de la libertad individual a una única forma de bien universal, es según el autor percibido y combatido eficazmente por primera vez en el Romanticismo. Y por ello, opina, «debemos al menos concederle el siguiente mérito: ha sacudido permanentemente la fe en la verdad universal y objetiva en materia de conducta, la fe en la posibilidad de una sociedad armoniosa y perfecta, totalmente libre de conflictos, injusticias y opresión, una meta por la cual ningún sacrificio puede ser demasiado grande» (p. 150).

En conjunto, los tres textos se revelan en una suerte de progreso temático, como una superposición de niveles a lo largo de los cuales el pensamiento ilustrado pierde relevancia y virtudes en favor de la reacción romántica. Inevitablemente, algunas ideas e informaciones se repiten, puesto que los tres textos no fueron pensados para conformar una misma obra. Dichas repeticiones, sin embargo, no resultan en su mayor parte redundantes, pues suelen incidir sobre las ideas más fundamentales desde distintas perspectivas. Por otro lado, resulta notable que en ningún momento desarrolle Berlin algún tipo de conexión directa entre los pensadores contra-ilustrados y los liberales decimonónicos Constant, Bentham o Mill, entre otros: ellos son, al fin y al cabo, quienes mejor representan el liberalismo pluralista, tal y como el propio Berlin muestra repetidamente en sus célebres escritos sobre la libertad. Esto podría haber llevado a Ramos, tal vez, a no insistir tanto en la nota editorial, mediante citas de expertos, sobre la idea de una conexión entre Romanticismo y liberalismo que después no ha de aparecer explícitamente en el texto.

Cabe concluir que se trata de una cuidada edición de Página Indómita —con algún que otro error ortográfico y gramatical, probables descuidos tipográficos de traducción—, que elige sin riesgo a uno de los grandes pensadores liberales del siglo XX, para iluminar algunos aspectos de una corriente política y de pensamiento cuyos complejos orígenes son a menudo obviados o ignorados. Para este fin, la selección y composición escalonada de los tres textos que conforman *La contra-Ilustración y la voluntad romántica* es más que acertada y provechosa, además de accesible a todo tipo de lectores mínimamente avezados en la historia de las ideas o en la filosofía moderna.

Oscar-Daniel LORENTE MARTÍNEZ

Universitat de Barcelona

o.d.lorente@gmail.com | DOI: <https://dx.doi.org/10.1344/conv47163>